

Letras al margen

PERSONAJES / ACRÍLICO / DUOTONO



◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Sin duda alguna, el trabajo pictórico de José Clemente Orozco no es sólo uno de los más reconocidos entre la producción de los pintores mexicanos, sino también uno de los más estudiados en nuestro país y en el extranjero. Los análisis de sus murales, de su pintura de caballete, de sus dibujos, han abundado desde que el creador vivía y, a la fecha, sesenta y seis años después de su muerte, los libros que se han dedicado tanto a las peripecias de su existencia

como al estilo inconfundible que imprimió cada una de sus piezas bien podrían conformar una biblioteca. Por esta razón, cualquiera que haya seguido de cerca los títulos que giran en torno a él podría preguntarse, extrañado, ¿un volumen más sobre el artista jalisciense?, ¿qué más se puede decir sobre él y sobre su arte? Por supuesto, como respuesta se podría argumentar que, tratándose de una obra inagotable, siempre serán bienvenidos nuevos enfoques que aporten distintas luces acerca

de sus técnicas y significados; o, como sabemos que las maneras de mirar cambian con el paso de los años, que nunca está de sobra un nuevo análisis desde la perspectiva de una sensibilidad actual.

No obstante, al tratarse del ensayo —o la colección de ensayos— que lleva por título *La mano siniestra de José Clemente Orozco. Derivaciones, transbordos y fugas*, del poeta Ernesto Lumbreras, acaso no haya necesidad de esgrimir los argumentos convencionales, pues desde que uno recorre los párrafos

ERNESTO LUMBRERAS NO PRETENDE NARRARNOS LA BIOGRAFÍA DEL ARTISTA, PUES SABE QUE ES DE SOBRA CONOCIDA POR SUS SEGUIDORES; ÚNICAMENTE HACE ALUSIÓN A CIERTAS ETAPAS CLAVE DE SU EXISTENCIA PARA CENTRARNOS EN LO QUE EN VERDAD LE INTERESA: LA IMPORTANCIA QUE TUVO LA AMPUTACIÓN DE SU EXTREMIDAD SUPERIOR IZQUIERDA EN LA FORMACIÓN DE SU CARÁCTER Y EN SU EXPRESIÓN ARTÍSTICA.

iniciales advierte que el autor lo llevará por derroteros diferentes de los de la crítica de arte tradicional, incluso muy distantes de los de la crítica de arte escrita por poetas. Pero, ¿en qué consisten este alejamiento y esta diferencia? En que para Lumbreras —quien a lo largo de todas las páginas del libro avanza con la seguridad de un experto en el artista en cuestión— la obra de Orozco por momentos parece ser tan sólo un pretexto formidable para explorar a fondo un tema que lo ha obsesionado toda su vida, y utiliza ese pretexto con el fin de conducir a sus lectores en un recorrido lúdico a través de la medicina, la filosofía, la pintura, la anatomía, la escultura, la poesía, la narrativa, la música, el cine, la fisiología y la historia. Ese tema es, como él las llama, el de “las extremidades superiores del hombre”. El tema de las manos.

Siempre he pensado que, a diferencia del narrador —quien despliega su palabra situado en medio de su audiencia y cuenta con el silencio de todos mientras

teje la trama de sus historias—, o a diferencia del poeta —que pone al descubierto sus emociones cantando entre la multitud—, el ensayista opera como quien se sienta al lado de nosotros para entablar una conversación sobre lo que en ese momento ocupa su mente. Claro, hay conversadores desagradables, demasiado enérgicos, ríspidos; también están los dogmáticos, los que pretenden adoctrinarnos, o los que sólo enarbolan diatribas cuyo objetivo es desestimar cualquier argumento; pero por fortuna existen asimismo los conversadores amables, entrañables, convincentes, éstos que exponen sus opiniones animándonos a expresar la nuestra, los que consideran la plática como una construcción colectiva y saben abrir espacios de silencio para que los demás podamos intervenir. Y como bien puede apreciarse en su libro, Ernesto Lumbreras es uno de estos últimos: un poeta que, cuando está en vena de

ensayista, convierte sus textos en una sencilla aunque profunda conversación.

¿Una conversación acerca de un miembro amputado? Sí y no. *La mano siniestra de José Clemente Orozco* versa, es cierto, sobre el pintor jalisciense y la extremidad que perdió a los veinte años cuando jugaba con pólvora, pero también sobre otros mancos ilustres y sobre las manos en general. Desde el texto preliminar que abre el volumen, titulado “El cerebro en forma de mano (piedra de toque)”, Lumbreras emprende la escritura de lo que podríamos denominar una historia cultural de nuestras extremidades superiores, con lo que consigue que sus lectores, al llevar a cabo un acto tan simple y automático como, digamos, encender un cigarro o tomar un lápiz, dejemos de hacerlo con la inocencia de siempre para ponernos a pensar en la maravilla que significa tener la capacidad de realizarlo. Y es que si, allá en la prehistoria, cuando el cerebro humano aún no terminaba de formarse, era la mano la que cumplía sus funciones de inteligencia —como nos enteramos gracias a los científicos citados por el autor— es imposible volver a contemplar nuestro cuerpo como lo hacíamos antes.

Entre esta línea temática —la de las manos— y otra regida por el devenir de la vida y la pintura de José Clemente Orozco, las ideas del libro fluyen en capítulos breves a través de múltiples asuntos subordinados, con una naturalidad que sólo

puede estimularnos a continuar la lectura. Ernesto Lumbreras no pretende narrarnos la biografía del artista, pues sabe que es de sobra conocida por sus seguidores; únicamente hace alusión a ciertas etapas clave de su existencia para centrarnos en lo que en verdad le interesa: la importancia que tuvo la amputación de su extremidad superior izquierda en la formación de su carácter y en su expresión artística. Su tesis de que José Clemente Orozco era en realidad zurdo, y de que tras la amputación, como suele ocurrir, siguió sintiendo, tal vez con mayor intensidad, la presencia de la mano ausente, adquiere mayor consistencia conforme avanzamos en las páginas, al grado de que al final de la lectura quedamos convencidos no sólo de que hemos penetrado en un ámbito de la vida del artista que antes ignorábamos casi por completo, sino de que ahora estamos más capacitados para comprender los trazos, el estilo y muchos de los detalles que antes nos intrigaban de sus pinturas. Conversador persuasivo, Lumbreras apoya sus aseveraciones no sólo con argumentos científicos o históricos, sino con anécdotas pertenecientes a una larga nómina de mancos ilustres entre los que pueden contarse narradores como Miguel de Cervantes Saavedra, el manco de Lepanto, y Ramón de Valle Inclán; poetas como Salvador Díaz Mirón; pintores como el argentino Cándido López; músicos como Paul Wittgenstein y militares políticos como Álvaro

Obregón. Menciona también a otros artistas plásticos que, al igual que Orozco, centraron su atención en la perfección de las manos, como Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Holbein el Joven, Rubens y Augusto Rodin. Comenta asimismo obras literarias que se abocan al mismo tema, como *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, de Stefan Zweig, *La mano encantada*, de Gérard de Nerval, “La mano cortada”, de Guy de Maupassant, “La mano del comandante Aranda”, de Alfonso Reyes o *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello —este último libro ilustrado en su segunda edición por el propio José Clemente Orozco—; repasa ensayos de Roland Barthes, Montaigne, Michel Tournier; y cita varios poemas que abordan el mismo tema de autores como José Ángel Leyva, Juan Manuel Roca, Blanca Luz Pulido, José Ángel Valente y Luis Cernuda. Por cierto, en el apartado donde habla del poema titulado “Había en el fondo del mar”, de este último autor, es posible advertir qué tan antigua es para Ernesto Lumbreras la obsesión por el tema de las manos: por lo menos se remonta a sus años de estudiante de preparatoria.

Este bombardeo de ideas, relatos, poemas, anécdotas y trozos de vida que giran en torno a un solo asunto —el de las extremidades superiores del hombre— estimula la imaginación del lector en tanto avanza en las páginas del libro siguiendo la trayectoria artística de Orozco y la forma en que evolucionó

su estilo al plasmar los cientos de manos que pueblan su obra pictórica. De este modo, y con una notable capacidad de síntesis, Ernesto Lumbreras consigue llevar a cabo un asedio completo, totalizador, del que salimos con la sensación de haber examinado una obra enciclopédica, cuando en realidad tan sólo leímos poco más de ciento cincuenta páginas. Tal impresión se debe, tal vez, a que la organización del volumen —eso que ahora llaman “curaduría” de los textos, pero que no es más que una edición acertada por parte del autor— permite que las piezas que lo integran, que con seguridad fueron concebidas y escritas en diferentes momentos, establezcan una suerte de acumulación, donde las ideas alternas son atraídas al tema rector, o a los temas rectores, como fragmentos que buscan el imán, sumando sus intensidades en la mente de quien las lee.

Recorrer *La mano siniestra de José Clemente Orozco*, de Ernesto Lumbreras, es, más que una lectura, algo semejante a entablar una larga y sabrosa plática con un hombre culto que no nos amedrenta con su erudición, sino que va dejando caer referencias y alusiones, ideas y comparaciones, de modo casual. Es la visión de un poeta, es decir, una visión imaginativa y artística, sobre la psicología y los procesos creativos de uno de los más grandes pintores mexicanos, sí, pero también sobre un tema corporal que nos atañe a todos los seres humanos, quienes, al llegar a la última página, nos conocemos un poco más a nosotros mismos. ●